

día á sus largos servicios, que, decía él, excusaban la franqueza de su lenguaje. La carta contenía al final las fórmulas habituales de veneración, fórmulas muy poco sinceras respecto á la corte pontificia, pero sinceras respecto á la persona de Pío IX, que Napoleón abandonaba gradualmente y con pesar.

Los católicos dijeron que, con su carta, el emperador había puesto su sello en el folleto *El papa y el congreso*. A distancia y lejos de las pasiones de la época, el juicio parece muy severo. El folleto no señalaba los límites de la disminución del poder temporal y sólo pedía á la usurpación que se detuviese á las puertas de Roma: la carta imperial, al solicitar el sacrificio de las Romanas, parecía garantizar en cambio el resto de los Estados pontificios. El folleto formulaba una tesis general y la desarrollaba como si toda disminución del poder temporal del papa fuese un progreso para la civilización: la carta imperial reconocía el derecho incontestable de la Santa Sede sobre las Legaciones, y no cedía sino ante «la lógica inexorable de los hechos.» Pero los contemporáneos omitieron esas diferencias ó no se dignaron señalarlas. La carta quitaba toda esperanza de poder conservar las Romanas; entraba en el mundo con su comentario, el folleto, que nadie podía olvidar. La carta pareció el primer cumplimiento de un programa cuyo plan general había sido trazado por el opúsculo. Los católicos, en Francia, se afirmaron en sus protestas, y allende los Alpes, los italianos se afirmaron en su audacia. Todas las combinaciones, todas las proposiciones del emperador iban en adelante á tropezar con un doble *non possumus*, el *non possumus* del papa, resignado á soportar los hechos, pero no á reconocerlos, y el *non possumus* del gobierno sardo, ya resuelto á no detenerse hasta haberlo absorbido todo.

Hasta entonces el antiguo derecho público había tenido su representante en la persona de Walewski, que se quedó como aislado en el ministerio de Negocios extranjeros, pues la política, en manos de agentes secretos, evolucionaba al acaso, lejos de los que tenían atribuciones para dirigirla. Muy amigo de Thiers, que en ocasiones le comunicaba su parecer, Walewski participaba de todas las inquietudes de los antiguos parlamentarios y de los diplomáticos de profesión. Su profunda desconfianza en Cavour le volvía perspicaz. No podía resolverse á consagrar las usurpaciones de la Cerdeña, negaba la sinceridad de las manifestaciones populares, y deploraba en particular la suerte de Toscana, para la cual deseaba vivamente la autonomía. Cuando las incorrecciones le parecían excesivas, enviaba al emperador informes muy vehementes y muy sensatos á la vez, denunciando las ambiciones italianas, señalando con amargura las misiones clandestinas, paralelas ó contrarias á la diplomacia oficial, y quejándose sobre todo del papel desairado que se le hacía representar. Y era grande el contraste entre su lenguaje cada vez más perentorio y su crédito é influencia cada vez menores. Pero, aun así, el mantenimiento de Walewski en el ministerio era una semi-seguridad. El día 4 de enero, un decreto lo relevó de sus funciones, reemplazándolo por el Sr. de Thouvenel. Este había sido director político en el ministerio de Negocios extranjeros, desempeñaba entonces el cargo de embajador en Constantinopla, y se recomendaba por su raro talento. Pero estaba desligado de todo lo

que había hecho sospechoso á su antecesor. El *Monitor* reprodujo un largo artículo del *Morning-Post* que representaba el nombramiento de Thouvenel como una victoria para los amigos de Italia. En cuanto á Walewski, se ensalzaba su rectitud, pero se atribuía su caída á su espíritu conservador y á sus *sentimientos casi legitimistas*.

En vez de calmarse, la agitación se extendía. La prensa católica había emprendido una ruda campaña. Después de largos años de una existencia obscura y monótona, aquel gran combate, á pesar de sus peligros, despertó gran entusiasmo. Aunque la Cámara estaba cerrada, muchos representantes se encontraban en París: tres de ellos, Cuverville, Keller y Anatolio Lemercier, solicitaron una audiencia del emperador; habiéndoles sido negada la entrevista, consignaron sus quejas en una carta colectiva que publicaron más tarde. La osadía era nueva entonces; pareció tan extraordinaria que el gobierno, no pudiendo castigar á los diputados, suprimió el periódico que había prestado sus columnas á la publicación. La gravedad de la crisis había acallado las antiguas disidencias y unido á los católicos de todos los matices. Los *católicos liberales*, que no habían lisonjeado nunca al Imperio, pudieron combatirlo sin ambages; y como se habían ligado con los legitimistas, con los orleanistas y con los constitucionales de toda clase, se movían en un terreno más vasto, lo cual les permitía agrupar elementos muy diversos para una resistencia común.

El *Correspondant*, que era su órgano principal, adquirió particular notoriedad en aquella lucha. Sus principales colaboradores, Falloux, el príncipe Alberto de Broglie, Corcelle y Cochin, constituyéronse en defensores de la soberanía pontificia; pero con inteligente osadía supieron dar grande importancia y elevación al debate, proclamaron los principios del derecho público y pusieron bajo la protección de estos principios la causa del pontífice romano, de modo que al abogar por Pío IX, abogaban en realidad por la paz del mundo. Esta hábil conducta quitaba al gobierno su principal recurso, el de presentar la agitación como una simple agitación clerical y de vencer á sus adversarios aislándolos. Acudieron aliados de todas partes, y algunos de ellos muy inesperados; entre dichos aliados había realistas, doblemente contentos de afirmar su fe y combatir al Imperio; liberales encantados de una oposición distinguida, bastante comprometedor para dar la ilusión de un peligro; antiguos parlamentarios, cansados de silencio y de reposo. Todos se alegraban de encontrar lo que más echaban de menos, un público; y no podían desear otro que les satisficiera tanto como el católico. La coalición encontró ilustres apoyos. Pocos eran los antiguos hombres de Estado á quienes no hubiera sorprendido y asustado la conducta del emperador. Para ellos la cuestión italiana y la cuestión romana, entrelazadas, eran funestas, la primera para la tranquilidad de Europa y la segunda para la tranquilidad de las conciencias. En su hotel de la plaza de San Jorge, Thiers se mostraba ya muy alarmado. En los *Debates*, Saint-Marc Girardin señalaba con mucho vigor la imposibilidad para el papa de someterse á los consejos del emperador. Guizot y Cousin, en sus conversaciones de la Academia, se burlaban de la nueva política, llena, en su concepto, de

confusión y peligros (1). Pocos días después los católicos tuvieron otra sorpresa. En un opúsculo que recordaba sus mejores días, Villemain defendió en la persona del papa el derecho público violado. Señaló con una precisión cortés y cruel las contradicciones de la política imperial, condenó lo que él llamaba «el término medio en la violencia;» y sus páginas, de una razón sabia y luminosa, completaron una demostración á la cual sería difícil añadir nada.

Mientras tanto, los obispos iban y venían y conferenciaban entre sí sin llegar siempre á un acuerdo. Algunos tomaron públicamente parte en la contienda. Monseñor Dupanloup acababa de publicar una segunda protesta de igual fuerza y elocuencia que la primera. Monseñor Pie, por medio de una pastoral leída en el púlpito, condenó los errores contenidos en el folleto *El papa y el congreso*. Otros se limitaban á dar consejos á puerta cerrada. Entre estos últimos figuraba el arzobispo de Ruán, monseñor de Bonnechose, que era político de gran perspicacia. Habiendo escrito una carta al emperador suplicándole que mantuviese su antigua alianza con los católicos, Napoleón le contestó quejándose amargamente de éstos que, después de tantos favores, le trataban como enemigo de la Iglesia (2). El más perplejo era el cardenal Morlot, arzobispo de París, que procuraba no hacerse solidario con los que él llamaba los «católicos de oposición.» No pudiendo romper completamente con ellos, tomaba precauciones infinitas para evitarlos. Tal hacía con Falloux, con Cochin y con Melun (3). Esperaba que la intervención oficiosa de los obispos, en un concierto unánime de respetuosas quejas, influiría en el ánimo del emperador. Los esfuerzos del venerable arzobispo de París para apaciguar á sus fieles y reconciliar al emperador con el partido católico fueron infructuosos. Los católicos parecían recibir de Roma estímulos para la resistencia que exasperaba á Napoleón. El papa no creía poder enajenar ninguna porción del patrimonio que había recibido de sus antecesores, y se negaba á un sacrificio que sería el punto de partida para otros sacrificios. Así se expresaba en una carta de 19 de enero dirigida al emperador; y el 19 de enero, en una encíclica solemne, Pío IX repitió sus protestas con una vehemencia que no dejaba subsistir ningún equívoco ni permitía nuevos consejos.

En presencia de aquella oposición de la derecha, el gobierno resolvió servirse de sus armas. La legislación de 1852 ponía muchas en sus manos. Los *apercibimientos* se multiplicaron, lo mismo contra los periódicos más importantes que contra las modestas publicaciones de provincias. A esas severidades se añadió una medida más grave. *El Universo* subsistía, protegido por todas las garantías que había dado al Imperio. Pero Luis Veullot, á pesar de su largo optimismo, no estaba vinculado con nadie, exceptuando á la Iglesia. Como Napoleón III había modificado su política religiosa, el célebre polemista se había vuelto contra él, combatiéndolo con el mismo celo y violencia que años atrás había

empleado en defenderlo. La publicación de la reciente encíclica pontificia proporcionó al gobierno un pretexto para castigar á Veullot, y, en 30 de enero de 1860, publicó un decreto suprimiendo *El Universo*. La medida causó gran sensación. Entre los colegas del gran periodista, unos se limitaron á saludar al maestro que se iba, otros formularon algunas reservas, recordando que *El Universo* sucumbía bajo una ley que él había aprobado con frecuencia. Si hemos de dar crédito al mismo Veullot, algunos órganos de la prensa católica se contentaron con verter «una lágrima tibia y ligera,» y los obispos se mostraron también algo fríos, pues sólo hubo diez ó doce que escribieron. Antes de separarse de sus colaboradores, Luis Veullot los reunió por última vez y, como muestra de suprema abnegación, hizo entre ellos una colecta para el papa, colecta que él llamó «cuestación de los funerales.» La palabra era exegaráda, pues pocos días después *El Universo* resucitó con otro nombre, pero con el mismo personal y, á poca diferencia, con el mismo programa; lo cual pareció revelar en las esferas oficiales una indignación pronto calmada. Sin embargo, respecto á Luis Veullot, la exclusión fué real; hasta mucho más tarde no reapareció éste en la prensa diaria. El famoso publicista se fué á Roma, como para entregar al Padre Santo su pluma rota. Mientras se alejaba, recibió un último saludo, el de su viejo enemigo el *Siècle*, que manifestaba en términos corteses sentir mucho su desgracia. El homenaje era muy justo; durante los largos años anteriores, ¿cómo hubiera podido el *Siècle* llenar sus columnas si no se hubiese encontrado enfrente de *El Universo*, tan dispuesto siempre al ataque como á la réplica? Por otra parte, el *Siècle* era tan afortunado que podía mostrarse generoso; tenía á la democracia por cliente y á veces por confidentes á los ministros; los republicanos lo tenían por órgano, á falta de otro mejor, y en las Tullerías no dejaban de considerarlo útil. Aquella fué su mejor época.

Suprimido *El Universo*, *El Monitor* publicó una nota á la vez grave y benigna para recomendar «á toda la prensa la moderación en bien de la paz pública y de la religión.» El aviso era prudente y, en todo caso, la intención era buena. Pero el país, ya muy emancipado, empezaba á leer con un poco de escepticismo los consejos del *Monitor*. Decididamente los tiempos de gobierno fácil habían pasado. Por lo demás, ¿cómo la seguridad había de reemplazar á la inquietud, si, en medio de los incidentes que acabamos de referir, había llegado de Italia una noticia más grave que todas las demás? La noticia era que Cavour, el temible Cavour, volvía á ser primer ministro.

## VIII

En 20 de enero el rey había firmado el decreto que volvía á colocarlo bajo la absorbente y provechosa tutela. Al saludar el acontecimiento, la oficiosa *Opinione* cuidó de hacer observar que «el primer ministerio de Cavour significó la independencia y el segundo significaba la anexión.» En 27 del mismo mes el nuevo jefe del gabinete sardo proclamó en un despacho circular, no ya sus deseos, como tiempo atrás, sino su voluntad y la de Italia. Repudiaba toda restauración en Bolonia, Parma, Módena y Florencia. A sus ojos sólo había una

(1) Véase *Vie du Mgr. Dupanloup*, por el abate Lagrange, tomo II, pág. 292.

(2) Véase *Vie du cardinal de Bonnechose*, por monseñor Beson, tomo I, págs. 389 y siguientes.

(3) *Correspondance inédite de M. de Melun*. - Véase M. de Falloux, *Memoires*, tomo II, págs. 314-316.

solución posible, la anexión, bien en Toscana ó bien en la Emilia. Con creciente osadía afirmaba que las poblaciones italianas, después de haber esperado largo tiempo las decisiones de Europa, estaban en el deber de constituir por sí mismas su gobierno.

Aunque se habían vencido las mayores dificultades, esta resuelta actitud, para obtener resultado, necesitaba revestirse de alguna prudencia. Lejos de dejarse deslumbrar por la proximidad de la meta, Cavour redobló su vigilancia en el momento de recoger el fruto de su prodigiosa labor.

Su primer cuidado consistió en exagerar el movimiento anexionista á fin de parecer arrollado por él. Poco tiempo después de su vuelta al ministerio, escribió á La Farina, secretario general de la Sociedad nacional: «Hay que pedir con energía y hasta con un poco de cólera una solución; hay que deplorar las demoras, excitar á los armamentos, repetir que la diplomacia no puede reconocer la destrucción de los tronos llamados legítimos, sino que hay que presentarle hechos consumados.» Cavour añadía: «El tono no ha de ser hostil, pero sí un poco amenazador. Para tomar la iniciativa, no necesito que me estimulen, pero me convendría poder decir que me empujan.» Decir que le empujaban, era para Cavour el medio de empujar á Europa. Se valía de las manifestaciones que él había apuntado y fingía ceder á exigencias; además repetía que lo que se negase á su rey y señor habría que darlo á la anarquía. Contenta á la Revolución, pero dejándola rugir, á fin de mantener el temor de que sin él se desencadenase. De esta manera desarmaba una por una las últimas objeciones de Francia. Hasta en la Italia central, Cavour iba á dominar á todo el mundo con tal sistema: á los revolucionarios que, gozando de cierta libertad intermitente, podían creer que eran los amos, y á los reaccionarios que, por temor de empeorar de situación, cedían en su resistencia.

El segundo cuidado de Cavour consistió en estrechar de tal modo la alianza con Inglaterra que Francia se dejase arrastrar, so pena de ver pasar á Londres toda la gratitud italiana. Las relaciones con sir James Hudson, ministro británico en Turín, adquirieron mayor intimidad. Fomentáronse las inteligencias con la prensa inglesa, y los periódicos de la Cité pregonaron más que nunca la fama de la sabiduría piamentesa. El representante de Cerdeña en Londres, marqués Manuel de Azeoglio, era antiguo amigo de lord Palmerston, y esta amistad dió mayor cordialidad á las relaciones oficiales. El jefe del *Foreign Office* era lord Russell, el mismo que había introducido ante el tribunal de Europa la causa de las anexiones. Como el congreso parecía aplazado, tuvo empeño en precipitar las cosas y en dar á Italia una prueba definitiva de su benevolencia. A mediados de enero había formulado una proposición que equivalía al reconocimiento de los hechos consumados. Según dicho proyecto, Francia y Austria se comprometerían á no intervenir en los asuntos de Italia; el emperador Napoleón se entendería con el papa para evacuar en breve plazo los Estados pontificios, y los pueblos de la Italia central serían llamados á expresar, por medio de sus Asambleas, un nuevo voto sobre sus futuros destinos; si este voto era parecido al primero, no se opondría obstáculo alguno á la realización de sus deseos y Europa

no tendría más que consagrar lo que la voluntad popular habría proclamado dos veces (1). La combinación fué sometida al gobierno francés el 16 de enero, cuatro días antes de la subida de Cavour al poder, de modo que el primer ministro sardo encontró el trabajo hecho. ¿Qué podía objetar á semejante plan el gabinete de las Tullerías? Aceptarlo sería concederlo todo; oponerse á él sería disgustar de tal modo á Italia que ésta se olvidaría de todos los beneficios recibidos, hasta de la sangre en Solferino derramada.

Así preparadas las cosas, Cavour pudo crearse bastante fuerte para arrancar al emperador la suprema ratificación. Su primer pensamiento fué ir él mismo á París. Pero se supo en Turín que Napoleón consideraba aquel viaje más comprometedor que útil. El jefe del gabinete sardo renunció, por tanto, á defender personalmente la causa de su país. Mas para que todos sus pensamientos fuesen traducidos sin error ni desviación, se hizo representar por uno de sus discípulos, un verdadero *alter ego*, bastante joven y humilde para obedecerle ciegamente, y bastante despejado para comprenderle á la menor indicación: este era el caballero Nigra. Tan súbito encumbramiento despertó muchos celos: en los círculos políticos y en las cancillerías se murmuró contra el favorito; hubo protestas y dimisiones; Cavour de nada hizo caso. El 8 de febrero Nigra llegó á París con el modesto título de encargado de Negocios, y hasta que se marchó el caballero Des Ambrois, se contentó con el alojamiento de un simple agregado. Con su actividad y su destreza iba á ser un maravilloso agente de información. Pero su juventud iba á perjudicar un poco á su autoridad, y sólo con el tiempo había de crearse las preciosas relaciones de que se sirvió más tarde. La prudencia aconsejaba asociar á Nigra otro mensajero; y si era posible que ese mensajero fuese un amigo personal de Napoleón, la habilidad sería completa. Arese fué otra vez llamado á Turín; pero vaciló: era el tercer viaje que le pedían en el transcurso de tres meses; él no era ambicioso y tenía poca práctica en las negociaciones oficiales y en las notas diplomáticas. Sin embargo, nuevas instancias triunfaron de su indecisión y marchó á París casi al mismo tiempo que Nigra. Sus instrucciones le prescribían combatir y allanar los últimos obstáculos que se oponían á las anexiones. Su misión tenía otro objeto. Hacía tiempo que se hablaba de una cesión territorial que había de ser para el gobierno francés la indemnización de sus complacencias y había de servir de contrapeso á los engrandecimientos del Piamonte. Para que el éxito fuese franco, convenía disminuir todo lo posible el sacrificio y aplazarlo hasta después de las anexiones. Nadie mejor que Arese para conseguir que el emperador redujese sus exigencias. Lo más perfecto hubiera sido recibirlo todo sin dar nada; pero no se atrevían á esperar tanta fortuna.

Desde los primeros días de su permanencia en París los negociadores pudieron observar en las regiones oficiales una especie de confusión que permitía circular con igual verosimilitud las noticias más contradictorias. Mientras que el público debatía con animación los últimos incidentes y creía generalmente en una evolución

(1) Véase el despacho de lord Russell á lord Cowley, 15 de enero de 1860 (*Further correspondence relating to the affairs of Italy*, pág. 4).

completa de la política imperial, reinaba aún cierta duda en los consejos del soberano. Más ducho en las cuestiones de Oriente que en los negocios diplomáticos, Thouvenel estaba algo desorientado en medio de las complicaciones italianas. Pocos días después de su subida al ministerio, escribió con alguna ansiedad al señor de Grammont, embajador en Roma: «Enviadme vuestro catecismo sobre los asuntos de Italia (1).» ¿Quién hubiera sido capaz de fijar entonces aquel cate-

rigir ó contener el movimiento, no era posible después de todas las debilidades que lo habían alentado. De esa situación nacían entre nosotros planes diversos, sucesivamente aceptados, abandonados y vueltos á aceptar; planes que tendían todos á graduar las concesiones, á salvar algo, por poco que fuese, del tratado de Zurich, y á rendir homenaje al antiguo derecho público, aun dejándolo violar. Al parecer las proposiciones inglesas habían sido adoptadas en general (2), y Arese había sali-



El cardenal Antonelli

cismo? La diplomacia oficial empleaba un lenguaje diferente del que empleaban los agentes secretos. Cerdeña tenía sus embajadores, los Estados del centro sus representantes y unos y otros diferían á veces, si no respecto al fin, respecto á los medios. Mientras tanto, los príncipes destronados formulaban sus quejas. Hasta en torno del Padre Santo eran discordantes las voces: el cardenal Antonelli se mostraba bastante conciliador, mientras que en París el nuncio monseñor Sacconi hablaba con mucha irritación. Los informes de Roma eran muy diferentes: en extremo favorables al papa, si emanaban del general Goyón, comandante del cuerpo de ocupación; y severos para el pontífice, si emanaban del embajador. Ciertos hábitos de doblez, más comunes en Italia que en los demás países, oscurecían la poca luz que hubiera podido penetrar en aquellas tinieblas. Y las cosas eran más confusas que contradictorias las palabras. Había de ser escandaloso reconocer los hechos consumados y peligroso combatirlos; y en cuanto á di-

do de Turín bajo la impresión de aquellas noticias favorables; después se había opuesto un asomo de resistencia, pero tan blanda y tan poco segura de sí misma, que apenas merecía tal nombre.

Lo que en los diplomáticos era turbación, en el emperador era impaciencia, cansancio y desaliento. Su programa se reducía entonces á tres puntos: desligarse en Viena, y sin menoscabo de su lealtad, de las estipulaciones de Villafranca; encontrar el medio de decir á los sardos que se les cedía las Romanas, y á los católicos que no se despojaba de ellas completamente al papa; y salvar, por algún tiempo al menos y sin muchas ilusiones para lo porvenir, la independencia de la Toscana. Para un victorioso, la ambición era modesta, y, sin embargo, resultaba quimérica.

Respecto al Austria, todos los despachos de nuestra cancillería invocaban la fuerza irresistible de los acontecimientos, la aspiración unánime del pueblo italiano y la obcecación de los príncipes destronados. Francia ha-

(1) Carta al duque de Grammont, 16 de enero de 1860 (*Le secret de l'empereur* tomo I, pág. 2).

(2) Véase el despacho de lord Cowley á lord Russell, 27 de enero (*Further correspondence*, pág. 12), y el despacho de Thouvenel á Persigny, 30 de enero (*Livre jaune*, págs. 3-6).

bía hecho todo lo posible, como lo probaban la nota del 9 de noviembre, las misiones de Reiset y Ponia-towski en Toscana y los consejos dados al Piamonte. «Sólo prometimos nuestro concurso moral, añadía Thouvenel, y después de seis meses de esfuerzos, debemos confesar que ha sido inútil.» Todas las contestaciones de Viena se parecían: eran de tono moderado y carecían de acritud, pero revestían cierta altivez. Habíase firmado un tratado, y no existía más derecho que el consagrado por el tratado mismo. Si Francia se veía obligada á considerar como caducos los convenios recientes, Austria no podía compartir ese criterio. Por lo demás, Austria no intervendría, sino que se limitaría á no reconocer lo que el dolo ó la violencia habían fundado (1). Así se expresaba Rechberg, y, aunque muy correcto, ese lenguaje era extraño. Seis meses después de Solferino, el vencido daba lecciones al vencedor, y el vencedor se perdía en explicaciones que parecían excusas.

Respecto al papa, era muy difícil quitarle las Romañas y persuadirle de que se las conservaban. Napoleón reprodujo una antigua combinación que pretendía conciliar las dos soberanías. Según esa combinación, las Romañas serían gobernadas por Víctor Manuel: pero el rey únicamente tendría en estas provincias el título de *vicario* y pagaría tributo al soberano pontífice. Por una y otra parte, la proposición era irrealizable: Víctor Manuel no podía aceptar el expediente sino con la idea de absorberlo todo en breve plazo; y para el pontífice sería una deshonra aceptar el subsidio del que, á sus ojos, no era más que un expoliador. Los despachos enviados de Roma por nuestro embajador, Sr. de Grammont, no dejaban subsistir duda alguna sobre el fracaso del proyecto (2).

Quedaba la cuestión de Toscana, y el emperador parecía dispuesto á emplear la energía que le quedaba en defender la autonomía de aquel Estado. Toda Europa estaba convencida de que el voto de la Toscana había sido obra de sorpresa ó de fraude, y no el fruto de una adhesión meditada.

Poco tiempo después de haber llegado, el conde Arese fué recibido por el ministro de Negocios extranjeros. Fué breve, como quien lo pide todo en globo, sin detallar la demanda. Thouvenel formuló entonces, no la voluntad, sino el deseo los consejos del gobierno francés. Este concedía al Piamonte la soberanía de los ducados y admitía la combinación del *vicariato* respecto á las Romañas. En cuanto á la Toscana, ya nadie pensaba en restituirla á sus archiduques ó á convertirla en patrimonio del joven duque de Parma; sin embargo, no había de ser anexionada á la Cerdeña, sino que debía formar un reino separado bajo la autoridad de un príncipe de la casa de Saboya. Si Víctor Manuel aceptaba este plan, podía contar con el apoyo más decidido del emperador; si lo rechazaba y persistía en reunir bajo su cetro las provincias toscanas, no se rompería la alianza, pero Cerdeña tenía que obrar de su cuenta y

(1) Véase el despacho de Thouvenel al marqués de Moustier, y el de Rechberg al príncipe de Metternich (*Livre jaune de 1860*, págs. 6 y siguientes).

(2) Véase la carta particular del duque de Grammont á Thouvenel, 25 de enero de 1860 (*Le Secret de l'Empereur*, tomo I, página 43).

riesgo y sin ninguna garantía de Francia. Aunque este lenguaje no contenía más que un consejo, que se podía desoir sin romper la amistad, Arese no quedó satisfecho, porque había llegado bajo la impresión dominante en Turín de que Francia hacía suyas sin reserva alguna las proposiciones inglesas. El enviado sardo anunció inmediatamente á Cavour el último esfuerzo en favor de la autonomía toscana.

Cavour se encontraba en Milán cuando recibió el mensaje del conde Arese. En su situación, no podía ni quería retroceder. Telegrafió á Ricasoli: «Contad con mi abnegación y, si importa, con mi audacia,» y al marqués Manuel de Azeglio: «Antes que abandonar la Toscana, antes que aceptar una nueva conferencia sobre las cuestiones de Italia, que nos dejen debatir solos con Austria.» Al mismo tiempo, escribió una extensa carta á Arese, exhortándole á que se valiese de todos los privilegios de la amistad á fin de que el emperador levantara aquella especie de *veto in extremis* opuesto á las ambiciones sardas. Con un calor de expresión que no le era habitual, Cavour ponderó la gratitud italiana, diciendo, entre otras cosas: «¡Qué fuerza no hallará el emperador en el apoyo entusiasta de un pueblo que, unido al pueblo francés, formará una masa compacta de cincuenta millones de hombres!»

«¿Cuál hubiera sido en lo porvenir «la gratitud de Italia?» Sería ocioso averiguarlo. El 20 de febrero, Arese tuvo una entrevista con el emperador y otra con Thouvenel. La contestación fué la misma. El gobierno francés cedía en todo menos en lo referente á Toscana. Respecto á Florencia, se limitaba á pedir que se substituyese la dominación directa del rey de Cerdeña por la de un príncipe de la casa de Saboya, y aun dió á entender que esa dominación sería reversible, de modo que la idea de la anexión quedaba aplazada y no descartada para siempre; la única sanción sería que Francia no emprendería una segunda guerra por ambiciones que juzgaba excesivas (3). Cuatro días después, un despacho de Thouvenel al Sr. de Talleyrand, nuestro representante en Turín, resumió en estilo oficial las resistencias, las últimas y débiles resistencias del gobierno de las Tullerías.

Para Cavour, aquella pequeña agitación en torno de la Toscana no era ya más que el último oleaje de la tempestad que él había dominado. Su contestación, formulada en 1.º de marzo, fué una negativa á limitar los engrandecimientos de Cerdeña. Decía que trasladaría los deseos de Francia á Farini, que gobernaba la Emilia, y al barón Ricasoli, que gobernaba la Toscana. Estos provocarían sin duda en la Italia central un segundo voto nacional, de conformidad con las proposiciones inglesas, de que se armaba Cavour contra nosotros. Si el voto resultaba favorable, el rey no se creería ya en el derecho de aplazar la anexión, tanto si se trataba de los ducados como si era cuestión de las Legaciones y de Florencia. Tal fué el lenguaje del primer ministro sardo (4). El mismo día en que este despacho llegó á París, el duque de Grammont, hablando en Roma con el cardenal Antonelli, se esforzó en vano en hacer

(3) Informe del conde Arese á Cavour, 21 de febrero 1860 (Bonfadini, *Vita di Francesco Arese*, págs. 227 y siguientes).

(4) Despacho de Cavour á Nigra, 1.º de marzo (*Livre jaune*, 1860, pág. 25).

aceptar por la Santa Sede la idea del vicariato (1). De modo que nuestra política tropezaba á la vez con dos negativas: la del fuerte que, fiado ya en su fuerza, escapaba á la mano que lo había sostenido, y la del débil que prefería su debilidad al recurso precario de una transacción.

En 1.º de marzo, en el acto inaugural de la legislatura, el emperador expuso con cierta desilusión melancólica los pensamientos que habían guiado su conducta. Confesó las inquietudes suscitadas por la paz, diciendo, con más optimismo que confianza, que *esperaba* que las dificultades tocaban á su término. Procuró disipar los temores de los católicos, y censuró enérgicamente las alarmas inmotivadas. Resumiendo luego las últimas negociaciones sobre las cuestiones italianas, dijo: «Aconsejé al rey Víctor Manuel que respondiese favorablemente á los votos de las provincias que se le ofrecían, pero que mantuviese la autonomía de Toscana y respetase el principio de los derechos de la Santa Sede.» Lo que el emperador no decía, pero que el público podía adivinar, era el fracaso de sus consejos.

Mientras Napoleón se expresaba así, los acontecimientos se precipitaban en la península. Cavour había visto á Farini y se había puesto de acuerdo con Ricasoli. La contestación á los consejos de Francia fué en los cuatro Estados de la Italia central la convocatoria de los electores llamados nuevamente á decidir de su suerte. Como se había puesto en duda la sinceridad del primer escrutinio, acordóse que se procedería esta vez por sufragio universal.

En la Emilia el resultado del nuevo escrutinio estaba demasiado previsto para que la curiosidad fuese grande. La unión con Cerdeña existía de hecho, y todos los decretos publicados desde hacía algunos meses no habían tenido más objeto que afirmarla. El Piamonte tenía en todas partes sus agentes, y la votación iba á ser dirigida por los que habían de beneficiar de ella. Después de todo, ¿quién había de protestar? El duque de Módena era impopular; de la duquesa de Parma ya nadie se acordaba; los romañoles no conocían al papa sino por los cardenales que no les eran simpáticos y por los gobernadores austriacos á quienes odiaban. Del escrutinio únicamente resultaron unos 800 sufragios hostiles; todo el resto fué en favor de la Cerdeña, y la unanimidad hubiera parecido completa si un número bastante considerable de abstenciones no hubiese marcado repugnancias que sólo el tiempo había de vencer.

Muy diferente era en Toscana el sentimiento íntimo de los espíritus. Allí se echaba de menos, á través del tumulto de las manifestaciones, la apacible vida de antes, y se temían las pesadas cargas inherentes á las grandes monarquías. A esto se añadía el desdén con que eran considerados los habitantes de Turín, tan inferiores á los florentinos en cultura. Además, la patria de los Médicis no renunciaba sin pesar á su individualidad histórica. Pero esas impresiones, contenidas en el secreto del hogar, se reducían á algunas de aquellas silenciosas repugnancias que el escrutinio traduce mal ó que no traduce de ninguna manera. Una influencia dominaba á todas las demás, la influencia del imperioso,

(1) Despacho de Grammont á Thouvenel, 3 de marzo (*Livre jaune*, 1860, pág. 91).

del autoritario Ricasoli. El día 11 de marzo abrióse el escrutinio en medio de un ruidoso aparato que parecía una aclamación anticipada. En los pueblos los electores votaron con frecuencia en pelotones, lo cual era una mediocre garantía de sinceridad. Hasta la noche del 15 no se supo el resultado: 366.571 votos por la anexión á Cerdeña; 14.925 por un reino separado y 4.949 votos nulos. Ricasoli quiso que la proclamación del voto se celebrase con una pompa extraña, copiada de los primeros tiempos de la República florentina. Heraldos en traje de la Edad media y montados en carrozas adornadas á la antigua salieron del *Palazzo Vecchio* y se dispersaron por la ciudad. Hicieron alto en la plaza de la Independencia y, á la luz de antorchas, leyeron al pueblo el resultado del escrutinio. Toda la noche pasearon en cortejo, pregonando la noticia inaudita de que Florencia no era ya Florencia la soberana y de que bendecía la suerte que la colocaba en segundo rango.

En los días siguientes, Turín se adornó para festejar á los dos triunfadores, Farini y Ricasoli, verdaderos autores de una revolución que, sin ellos, se hubiera detenido quizá en el camino. Farini llegó el 18 de marzo, y en aquella ciudad de Turín donde tanto tiempo había vivido como desterrado, entregó al rey el acta del voto que le aseguraba la triple dominación sobre Módena, Parma y Bolonia. El rey aceptó con efusión aquel magnífico homenaje. «De hoy más, dijo, á esos pueblos les llamaré mis pueblos.» Y haciendo alusión á las Romañas, añadió que estaba dispuesto á reconocer la alta soberanía del Padre Santo, á defender su independencia y á contribuir al brillo de su corte. Cuatro días después, el mismo cortejo que había conducido á Farini al palacio real, condujo al barón Ricasoli á la misma morada. Víctor Manuel recibió los sufragios de Toscana como había recibido los de la Emilia. Hubo las mismas pompas militares y civiles, las mismas congratulaciones y los mismos regocijos. Sin embargo, para que la transición no resultase tan brusca, el rey prometió poner á salvo la autonomía toscana. En Turín no podían figurarse que Florencia abdicase sin pesar, y les parecía habilidad política el dejar subsistir algunas apariencias de independencia que serían luego retiradas poco á poco. Al día siguiente se publicaron los reales decretos que proclamaban la reunión. Después, desde el pie de los Alpes hasta las riberas del Adriático, verificáronse las elecciones legislativas, y el 2 de abril se reunió en Turín el primer Parlamento del Piamonte engrandecido.

Victorioso en el campo de batalla, Napoleón había visto que se le escapaban sus protegidos. No se podía decir que hubiese fracasado; pero su éxito había sido demasiado grande, lo cual es á veces peor que fracasar. En vez de dirigir el movimiento, lo seguía; y lo seguía resistiendo, que es la peor manera de seguirlo, porque se indisponía con aquellos á quienes servía, no se reconciliaba con los que había combatido y era acusado de doblez por ambas partes. En medio de todas aquellas negociaciones é intrigas, el emperador había al menos pensado en Francia y resuelto, aunque algo tardíamente, ensanchar hasta las cimas de las montañas las fronteras de su país. La historia de las anexiones en la Italia central tiene por epílogo la anexión de Niza y Saboya á la Francia.